

LA RAZÓN ES AURORA

Estudios en homenaje a la profesora Aurora Egido



Á. Ezama
J.E. Laplana
M^aC. Marín
R. Pellicer
A. Pérez Lasheras
L. Sánchez Laílla (eds.)

El presente volumen rinde homenaje a la profesora Aurora Egido con motivo de su nombramiento como catedrática emérita tras una dilatada carrera docente e investigadora. Profesora del Departamento de Filología Española de la Universidad de Zaragoza, ha impartido también su docencia en otras universidades españolas (Universidad de Barcelona, Universidad Autónoma de Barcelona y Universidad de León) y extranjeras (Cardiff, Westfield College de Londres, Cambridge, Universidad de California Los Ángeles, Johns Hopkins de Baltimore y City University de Nueva York). Es autora de casi cuatrocientos trabajos de investigación y ha sido presidenta o miembro fundador de entidades tan prestigiosas en el ámbito filológico como la Asociación Internacional de Hispanistas, la Asociación Internacional Siglo de Oro, la Asociación Española de Emblemática o la Asociación de Cervantistas. Ha recibido numerosos reconocimientos públicos, entre los que destaca el Premio Nacional de Investigación en Humanidades Ramón Menéndez Pidal del año 2008; Les Palmes Académiques del Ministerio de Educación francés en 1995, el Premio Baltasar Gracián del Gobierno de Aragón en 2003, las Medallas de las Cortes de Aragón y de Zaragoza, en 2005 y 2013, respectivamente, o el Premio Sabina de Oro, también de 2013. En 2016 fue investida doctora Honoris causa por la Universidad Carlos III de Madrid y es también Académica correspondiente de la Real Academia de Buenas Letras de Barcelona y supernumeraria de la Real Academia de Nobles y Bellas Artes de San Luis, miembro correspondiente de la British Academy desde 2013 y académica de número de la Real Academia Española, donde ocupa el sillón B mayúscula, desde 2014.

«La razón es Aurora»

Estudios en homenaje
a la profesora Aurora
Egido

Á. Ezama, J. E. Laplana,
M.^a C. Marín, R. Pellicer,
A. Pérez Lasheras y
L. Sánchez Laílla (eds.)



Aurora Egido

«La razón es Aurora»

Estudios en homenaje
a la profesora Aurora
Egido

Á. Ezama, J. E. Laplana,
M.^a C. Marín, R. Pellicer,
A. Pérez Lasheras y
L. Sánchez Laílla (eds.)

Publicación número 3537
de la Institución Fernando el Católico
Organismo autónomo de la Excma. Diputación de Zaragoza
Plaza de España, 2 • 50071 Zaragoza (España)
Tels. [34] 976 28 88 78/79 • Fax [34] 976 28 88 69
ifc@dpz.es
<http://ifc.dpz.es>



© De los textos, los autores, 2017
© De la presente edición, Institución Fernando el Católico, 2017

ISBN: 978-84-9911-433-0
Depósito legal: Z 490-2017

IMPRESIÓN: Huella Digital, S. L. Zaragoza.

IMPRESO EN ESPAÑA-UNIÓN EUROPEA.

ÍNDICE

Presentación	7
Bibliografía de Aurora Egido	9

DE LIBROS, ARCHIVOS Y BIBLIOTECAS

«Sobre pocos libros te espero». El <i>Catálogo de los libros que tengo</i> (1642) de Esteban de Aguilar y Zúñiga <i>Fernando Bouza</i>	37
Noticia de algunos manuscritos con poesía española conservados en bibliotecas de Roma <i>María Teresa Cacho</i>	49
Aventuras y desventuras del <i>Libro del Anticristo</i> de Martín Martínez de Ampíes [Zaragoza: Pablo Hurus, 1496] <i>María Jesús Lacarra Ducay</i>	69
García de Marlonés y la Segunda Parte de <i>El Criticón</i> <i>José Enrique Laplana Gil</i>	81

DE IMÁGENES Y PALABRAS

<i>Sacra Symbola</i> , de Juan de Horozco Covarrubias <i>Sagrario López Poza</i>	89
Escenas de batalla: huellas de un tema iconográfico desde los inicios de la imprenta hasta el siglo XVI <i>María Sanz Julián</i>	105
Devoción y defensa de la tradición. Una estampa de la Virgen del Pilar de 1784 <i>Eliseo Serrano Martín</i>	121
Ideas reales y reales ideas: écfasis en la <i>Palestra numerosa austriaca</i> <i>Almudena Vidorreta</i>	139

HISPANOAMERICANA

Don Quijote y Sancho dialogan en el México colonial <i>Juan Antonio Frago</i>	153
El mundo americano en la historiografía jesuita: la relación entre Juan de Tovar, Josef de Acosta y Baltasar Gracián <i>Aurora González Roldán</i>	165
Huellas de la escritura diarística hispanoamericana en los siglos XVI y XVII <i>Daniel Mesa Gancedo</i>	177
Representación festiva en el Nuevo Mundo: México 1680 <i>Sebastian Neumeister</i>	189
La narrativa de Marco Denevi: de la versión a la falsificación <i>Rosa Pellicer</i>	201

EL SIGLO DE ORO EN LOS MODERNOS

«(¡Gong!) [...] (¡hora!)» escribió Ignacio Prat: la huella de Góngora y otros barrocos en la poesía de los novísimos <i>Túa Blesa</i>	213
Tras las huellas de Santa Teresa: María Martínez Sierra y la <i>Buena nueva</i> socialista <i>Ángeles Ezama Gil</i>	223
Hallar «Pájaros en los nidos de antaño». La Compañía Nacional de Teatro Clásico en las efemérides de Cervantes y Shakespeare <i>José Romera Castillo</i>	235
Cervantes y el teatro político de José María Gutiérrez de Alba <i>Jesús Rubio Jiménez</i>	245
El primer barroco de un moderno: don Luis de Góngora retratado por Vicente Aleixandre <i>Enrique Serrano Asenjo</i>	255

SIGLOS DE ORO

«Ejemplos desiguales». Petrarca-Rojas-Erasmo <i>José Aragüés Aldaz</i>	267
-------------------------------------------------------------------------------------	-----

Quevedo humanista: sobre las <i>Lágrimas de Hieremías castellanas</i> (1613) <i>Alberto Blecua Perdices</i>	277
La primera crónica breve caballeresca de Fernán González en el siglo XVI <i>Juan Manuel Cacho Blecua</i>	289
Piccolomini fuente de Lope: la historia de Lucrecia y Mireno de <i>El peregrino en su patria</i> <i>María Pilar Cuartero Sancho</i>	301
Patrones críticos de Lastanosa, amigo de Gracián <i>Fermin Gil Encabo</i>	313
El Campo de Montiel como paraje mágico en el Siglo de Oro <i>Luis Gómez Canseco</i>	321
Los Reyes Católicos, el Gran Tendilla y la nueva épica <i>Ángel Gómez Moreno y Teresa Jiménez Calvente</i>	333
De nuevo sobre la fecha de <i>El villano en su rincón</i> <i>Luis Iglesias Feijoo</i>	351
«Damas y galanes», texto y contexto de un juego cortesano de sor María do Ceo (1658-1753) para la duquesa de Medinaceli <i>María Carmen Marín Pina</i>	363
La cronografía táurica en Camões, Rufo y Góngora: astrología y retórica <i>Alberto Montaner Frutos</i>	375
Personajes de la farsa renacentista: el potrero, el santero y el melcochero <i>Miguel Ángel Pérez Priego</i>	391
«Y calzas atacadas un romano»: Lope y la Antigüedad clásica <i>Maria Grazia Profeti</i>	401
El «Caballero de la Triste Figura» entre accidentes dentales y oración a santa Apolonia. Consideraciones sobre dos episodios del <i>Quijote</i> (I, 18 y II, 7) <i>Augustin Redondo</i>	413
<i>De subventionem pauperum</i> : una luz sobre el rostro del pobre en el teatro barroco <i>María Pilar Sánchez Lailla</i>	427
Notas sobre el discurso amoroso de Quevedo desde la <i>Agudeza y arte de ingenio</i> de Gracián <i>Lía Schwartz</i>	441

LUZÁN Y EL SIGLO DE LAS LUCES

Entre los Siglos de Oro y las Luces. Reforma y transferencia cultural entre Alemania y España

Dietrich Briesemeister 457

Luzán en Góngora: una mirada al «Romance de Leandro y Hero»

Antonio Pérez Lasheras 467

Poesía y linajes: los *Aplausos poéticos* de Ignacio de Luzán

Luis Sánchez Latilla 483

DE POESÍA CONTEMPORÁNEA

El *Concepto español de la poesía* del último Doménchina

José Luis Calvo Carilla. 503

Miguel d'Ors en la carretera, contra la infección sentimental

Alberto del Río Nogueras. 521

El tópico de los «treinta años» en la poesía española más reciente

Leonardo Romero Tobar 531

ESTUDIOS LINGÜÍSTICOS

La cocina de *La lozana andaluza*: testimonios y ecos en las dos orillas septentrional y meridional del Mediterráneo

Federico Corriente 545

Notas sobre los adverbios en *-mente* en la *Grant Crónica de Espanya* de Juan Fernández de Heredia

José M.^a Enguita Utrilla 553



CECEL (CSIC)



PRESENTACIÓN

«La razón es Aurora». Con estas palabras de *El Discreto* graciano, aplicadas a la circunstancia especial que nos reúne, un grupo de colegas, discípulos y amigos hemos querido rendir homenaje a la profesora Aurora Egido con motivo de la culminación de su carrera docente al acceder a la condición de catedrática emérita. Precedidos y alternados por su magisterio en otras universidades españolas (Universidad de Barcelona, Universidad Autónoma de Barcelona y Universidad de León) y extranjeras (Cardiff, Westfield College de Londres, Cambridge, Universidad de California Los Ángeles, Johns Hopkins de Baltimore y City University de Nueva York), estos largos decenios de docencia en el Departamento de Filología Española de la Universidad de Zaragoza han permitido a sucesivas generaciones de alumnos convertirse en nuevos eslabones en la cadena de las enseñanzas humanísticas que, como la misma profesora Egido ha reiterado en numerosas ocasiones, solo se sustenta y afianza en el recíproco y cotidiano diálogo entre maestros y discípulos, lamentablemente en riesgo de quebrarse en los últimos tiempos, en los que solo cuenta lo que pasa en cifras y desaparecen las oportunidades para quienes se ejercitan en las letras.

No es esta página de presentación el lugar adecuado para ponderar con intensidad o pormenorizar con extensión los méritos de los infatigables afanes investigadores de la profesora Egido, que siempre han corrido parejas con el inexorable y puntual ejercicio de la docencia, pero sí lo es este homenaje para dar cuenta exhaustiva de sus publicaciones, como puede verse en el apartado que sigue a estas líneas: «Bibliografía de Aurora Egido», del que es responsable Luis Sánchez Laílla. Hemos preferido limitarnos a estos preciosos vestigios de discreción que dan cuenta de la variedad y multiplicidad de los trabajos y los días dedicados a la investigación, cuyo mejor reconocimiento fue sin duda el Premio Nacional de Investigación en Humanidades Ramón Menéndez Pidal que obtuvo el año 2008. Estas publicaciones, sin embargo, deberían complementarse no solo con innumerables conferencias, cursos, seminarios y congresos, sino con el constante ejercicio de fomento de la investigación a través de la dirección de proyectos, de la participación en consejos asesores de revistas de Filología y de consejos científicos (Biblioteca Nacional de España, Universidad Nebrija, Instituto de Estudios Humanísticos de Alcañiz, Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes), o de su contribución en la formación y la gestión, en muchos casos desde la presidencia, de entidades tan prestigiosas en el ámbito filológico como son la Asociación Internacional de Hispanistas, la

Asociación Internacional Siglo de Oro, la Asociación Española de Emblemática o la Asociación de Cervantistas.

Múltiples y continuos han sido los reconocimientos públicos de los méritos de la profesora Aurora Egido desde que en 1995 le fueran otorgadas Les Palmes Académiques del Ministerio de Educación francés, hasta que en septiembre de 2016 fuera investida doctora *honoris causa* por la Universidad Carlos III de Madrid. Entre ellos, el Premio Baltasar Gracián otorgado por el Gobierno de Aragón en 2003, las Medallas de las Cortes de Aragón y de Zaragoza, en 2005 y 2013, respectivamente, o el Premio Sabina de Oro, también en 2013. Culminación de tan amplia serie de reconocimientos han sido, tras muchos años como académica correspondiente de la Real Academia de Buenas Letras de Barcelona y supernumeraria de la Real Academia de Nobles y Bellas Artes de San Luis, su nombramiento en 2013 como miembro correspondiente de la British Academy y su ingreso en la Real Academia Española en 2014.

Frente a estos merecidos premios y reconocimientos institucionales y corporativos, como colegas, discípulos y amigos ofrecemos a la profesora Aurora Egido un modesto ramillete de estudios filológicos, muestra de nuestro agradecimiento por tantos años de enseñanza y amistad. Es cierto que podría ser mucho más dilatado, pues con seguridad muchos otros profesores y amigos habrían deseado participar en este pequeño Homenaje, y quienes lo hemos organizado queremos pedirles disculpas anticipadas por no haberles podido invitar al mismo, pero las limitaciones de la publicación nos han obligado a restringir la nómina de colaboraciones para este libro.

Muy singular y sincero es, por último, nuestro agradecimiento a la Institución Fernando el Católico de la Diputación Provincial de Zaragoza y a su director, Carlos Forcadell, por haber acogido entre sus publicaciones este volumen dedicado a quien ostenta desde hace muchos años la Cátedra «Baltasar Gracián» de la misma Institución. Desde ella ha propiciado con cursos, seminarios y publicaciones el aumento de su prestigio académico y científico, coronado ahora de discreción con la publicación en facsímil del afortunado hallazgo de la primera edición de *El Héroe* (Huesca, Juan Francisco de Larumbe, 1637) de Baltasar Gracián, remate que cierra como ingenioso jeroglífico del saber la rueda de facsímiles, siendo el último el primero, de todas las primeras ediciones de las obras impresas (además del autógrafo de *El Héroe*) del jesuita aragonés llevada a término por la sabia mano de Aurora.

EL CAMPO DE MONTIEL COMO PARAJE MÁGICO EN EL SIGLO DE ORO

LUIS GÓMEZ CANSECO

Para mi doña Aurora Egido,
que cometió el error de hacerme doctor,
y no de los que curan.

La presencia del Campo de Montiel en la literatura del Siglo de Oro no empieza ni termina en el *Quijote*, por mucho que Cervantes describiera aquel amanecer épico con el que el caballero imaginaba que habría de comenzar la narración de su historia: «Apenas había el rubicundo Apolo tendido por la faz de la ancha y espaciosa tierra las doradas hebras de sus hermosos cabellos..., cuando el famoso caballero don Quijote de la Mancha, dejando las ociosas plumas, subió sobre su famoso caballo Rocinante y comenzó a caminar por el antiguo y conocido campo de Montiel». Y era la verdad que por él caminaba.¹ Sea como fuere, el Campo de Montiel era conocido y antiguo más que probablemente por los romances que narraban la muerte de don Pedro I el Cruel a manos de su hermano don Enrique de Trastámara y que don Quijote había de saber de carrerilla. De entre ellos acaso el más difundido fuera el que compiló Lorenzo de Sepúlveda en su *Cancionero de romances* de 1584:

Mas estando en Montiel
lo ha muerto esse su hermano,
don Henrrique se llamaua
y por rey se ha coronado.
Fue España muy alegre,
a Dios están alabando,
los que él biviendo eran tristes
con su muerte se han gozado.²

El episodio tuvo una larga vida literaria que pasa por el *Cancionero de Juan Fernández de Íxar* y se recoge de manera ejemplar en el «Regimiento de príncipes» de Gómez Manrique:

¹ Cervantes (*Quijote*, I, 2). Este artículo se enmarca en los proyectos de investigación MINECO FFI2012-32383 y PAIDI HUM-7875.

² Sepúlveda (*Cancionero*: 243).

Pues, sy vierdes que me arriedro
de vuestra genealosya,
lea vuestra señorya
la vyda del rey don Pedro
y muerte que Dyos le dio
por ser príncipe crüel,
que sy con fierro mató,
con él mismo padeçió
en la vylla de Montiel.³

También la épica culta, con su gusto propio por lo profético y lo mágico, se hizo un eco muy singular del caso, y así, en *La Hispálica* de Luis Belmonte Bermúdez, se recuerda a «aquel Pedro con antojos ciego, / en el castillo de Montiel manchado / con sangre suya, porque así publique / que del imperio le despoja Enrique».⁴ Por su parte, Bernardo de Balbuena incrustó una referencia explícita en el largo discurso que Malgesí dedica a la monarquía española en *El Bernardo*, de 1624:

Mas ya volved la vista a la otra parte
de aquellos campos de tejido acero,
a quien nombre dará el sangriento Marte
con timbre ilustre al siglo venidero:
Calatrava y Montiel, en quien, si el arte
de Merlín no se engaña, un rey severo,
que él allí llama tragadora arpía,
morirá a manos de su hermano un día.⁵

Los elementos trágicos y sobrenaturales se intensifican con la mención de «aquellos campos de tejido acero», con el uso del futuro para anunciar su vínculo con el «sangriento Marte» y la alusión del arte profético de Merlín. Más explícita es la presencia de lo mágico vinculada al Campo de Montiel en el discurso tercero, «Que trata de la Astrología que llaman judicaria», dentro de la crónica en verso que Melchor Jufre del Águila compuso en 1630, *Compendio historial del descubrimiento y conquista del Reino de Chile*:

Y si quando le dijo un judicario
a nuestro rey don Pedro el Justiciero
que moriría en la Torre de la Estrella,
procurara saber cual esta era,
dijéranle sin duda era el castillo
de Montiel, y no entrara dél adentro
tan sin recelo, y sucediera acaso

³ Manrique (*Cancionero*: 632).

⁴ Belmonte (*La Hispálica*: 200).

⁵ Balbuena (*El Bernardo*: 312).

conservar más la vida o tener muerte
 menos atropellada y trabajosa.
 Mas hasta que ya estuvo puesto en ella
 y el rótulo leyó que lo decía,
 no hizo del aviso caso alguno.⁶

El aviso al monarca para evitar el castillo de Montiel —identificado proféticamente como la «Torre de la Estrella»— se ofrece aquí como ejemplo de los que desechan arbitrariamente los augurios. El lado problemático de ese viaje a Montiel dejó su rastro incluso en el refrán: «La yda que hizo el rey don Pedro a Montiel», que Sebastián de Horozco glosó explicando que «se dize como por vía de maldición como quien dize “Vaya y nunca venga”», y apunta que su origen está en la batalla de Montiel y en la muerte del rey don Pedro a manos de su hermano don Enrique. Pero Horozco quiso subrayar la dimensión mágica que rodeó la muerte del rey y que se vinculó a una profecía de Merlín: «En las partes de Oçcidente entre los montes y la mar naçerá una ave negra comedora y robadora. E tal que todos los panales del mundo querrá recoger en sí e todo el oro del mundo querrá poner en su estómago. E después gormarlo ha e tornará atrás e no pereçerá luego por esta dolençia. E caersele han las plumas péñolas. E secarle han las plumas al sol. E andará de puerta en puerta. E ninguno no lo querrá acoger. E ençerrarse ha en la selva. E morrá allí dos vezes: una al mundo y otra a Dios». Recuerda entonces que en la *Crónica del rey don Pedro* se afirma que esa profecía fue interpretada por el moro granadino Avenhatín, concluyendo que «la selva que allí dize era el castillo de Montiel que en otro tiempo siendo de moros se llamaba la selva. Por manera que en ella se encerró el rey don Pedro y allí murió de donde se dixo “La yda que hizo el rey don Pedro a Montiel”».⁷

En efecto, don Pero López de Ayala incluyó en su *Crónica del rey don Pedro* la consulta que este hizo a un sabio moro respecto a una profecía atribuida a Merlín. Si el moro Benahatin tuvo su correspondiente histórico en la persona de Lisan al-Din Muhammad Ibn al-Jatib de Loja —que en verdad actuó en alguna ocasión como consejero de Pedro I—, las profecías de Merlín se habían convertido en un corpus abierto y un lugar común para la literatura medieval española de los siglos XIV y XV, que rebasaba con mucho el texto escrito por Godofredo de Monmouth.⁸ Al tiempo, López de Ayala se sirvió del vaticinio para dar una dimensión portentosa a su muerte, pues es el sabio moro quien sitúa la selva aludida en el Campo de Montiel, que adquiere así un valor simbólico y trascendente:

Dice otrosí, que se encerrará en la selva, e que morirá y dos veces. Rey, sabe que lo que a mí fue más grave e el mayor afán que en esto tomé fue por apurar el seso deste vocablo que dice «en la selva»; é para esto acarree su enterpretación en esta guisa. Yo requerí los libros de las conquistas que pasaron fasta aquí entre las casas de Castilla e de Granada e de Benamarín, e por los libros de

⁶ Jufre del Águila (*Compendio*: 281).

⁷ Horozco (*Libro de los proverbios*: 462-463).

⁸ Jardin (2010).

los fechos más antiguos que ý pasaron fallé escrito que quando la tierra que llaman de Alcaraz en el tu señorío era poblada de los nuestros Moros, e después fue perdida e cobrada de los Christianos, que avía cerca della un castillo que a ese tiempo era llamado *Selva*, el qual fallé por estos mismos libros, que a esa sazón perdió este nombre que avía de Selva e fue llamado por otro nombre Montiel, e que agora es así nombrado. E si tú eres aquel Rey que la profecía dice que ha de ser ý encerrado luego, e esta es la selva e el lugar del encerramiento, segund que esta profecía pone e en él avrá de contescer estas muertes, e lo ál que la profecía dice Dios solo es dello sabidor, al qual pertenescen los tales secretos.⁹

La identificación se repite, a finales del siglo XV, en las *Bienandanzas e fortunas* de Lope García de Salazar: «E llegado açerca de Montiel, aquella que antiguamente fuera llamada Selva, que quiere dezir en latín monte...». El historiador detalla la muerte del rey a manos de su hermano: «... dióle el rey don Enrique por el rostro con la daga un golpe e, quando los françeses e castellanos vieron qu'el rey don Pero andava buscando con la daga por dónde diese con ella al rey don Enrique, que estava todo armado e con bacinete e visera, trabáronle de las piernas e volviérongelo devaxo. E con el ayuda d'ellos cortóle la caveça e fizola echar en un río, donde nunca pareció». ¹⁰ Es aquí donde hay que buscar el origen del perfil trágico del Campo de Montiel, que está inevitablemente unido a la figura del rey don Pedro I.

Don Pedro suele presentarse en el teatro áureo como ejemplo negativo de desenfreno sexual y gobierno arbitrario, pero también rodeado de un halo de muerte en dos dimensiones: la que él mismo va sembrando a su paso y la que le amenaza permanentemente en forma de avisos y presagios, que terminarán en el fratricidio de Montiel. Así consta, por ejemplo, en *El médico de su honra* de Calderón de la Barca, donde don Pedro, andando por Sevilla, oye a unos músicos lo que parece ser una profecía, aunque ni el rey ni don Diego sepan darle su justo sentido:

MÚSICOS	Para Consuegra camina, donde piensa que han de ser teatros de mil tragedias las montañas de Montiel.
REY	Don Diego.
DIEGO	¿Señor?
REY	Supuesto que cantan en esta calle, ¿no hemos de saber quién es? ¿Habla por ventura el aire?
DIEGO	No te desvele, señor, oír esta necedades, porque a vuestro enojo ya versos en Sevilla se hacen. ¹¹

⁹ López de Ayala (*Crónicas*: I, 543).

¹⁰ García de Salazar (*Bienandanzas*).

¹¹ Calderón (*El médico de su honra*: 200-201).

El motivo se multiplica en la comedia *Deste agua no beberé* de Andrés de Claramonte, cuyo paralelo con el drama de Calderón se ha resaltado en varias ocasiones. La obra se desarrolla en tres espacios bien determinados geográficamente: Alanís, Sevilla y el Campo de Montiel, que se mantiene como escenario a lo largo de toda la tercera jornada con una determinante función simbólica. Dicho simbolismo se asienta en la misma disposición quiasmática del espacio, que comienza en el *monte*, sigue en el *castillo*, tiene un eje central en la *ciudad*, para volver al *castillo* y terminar de nuevo en el *monte*. Pero ese monte inicial, el de Alanís, no es el mismo que el final en los campos de Montiel, aunque comparte algunos elementos de caracterización. Las montañas de Alanís se presentan como un espacio de violencia, que corresponde a la lujuria del rey y a su intento de forzar a doña Mencía. Por eso unos músicos le cantan inequívocamente al rey: «en el monte de tus vicios / te precipitas». Las montañas son también un espacio para el prodigio, como afirma el propio rey: «Esta selva / de encantamientos ha sido» (vv. 253-254).¹² Y, en efecto, una serie de presagios anuncian la muerte del monarca, remitiendo en último término al romance «Por los campos de Jerez / a caza va el rey don Pedro». Primero es un villano quien aparece y desaparece, dejando como testimonio de su augurio una mortaja, y luego es una villana quien insiste en el conflicto entre los dos hermanos que se disputan el trono y deja como prueba simbólica un puñal ensangrentado. Un indicio transparente de la función que Claramonte atribuyó al campo de Montiel son las palabras con que lo describe el rey don Pedro casi al final de la comedia: «Parece que aquestos campos, / llenos de abrojos y adelfas, / están provocando, tristes, / espanto, horror y tristeza» (vv. 2584-2587). El mero paisaje bélico se impregna de prodigio y profecía, pues es en los campos de Montiel donde se corroboran y cumplen los augurios sobre el rey don Pedro, que habían comenzado a formularse en la primera jornada. De hecho, apenas ha comenzado la tercera, cuando don Fernando, lugarteniente real, narra una visión prodigiosa que ha tenido lugar en el campo de batalla:

FERNANDO	Casi en la media región, y casi puesto en el medio de los dos campos se ha visto un espantoso suceso.
REY	¿Cómo?
FERNANDO	Dos fieros dragones de un arrebatado fuego, desparciendo de la escama piedras como el Mongibelo, el uno al otro enlazados, sobre la tierra cayeron; el uno impensadamente, despedazado y deshecho, cayó, volviéndose el otro a levantar por los vientos,

¹² Todas las citas corresponden a Claramonte, *Deste agua no beberé* (ed. 2008).

donde, cercado de luz,
todos convertirle vieron
en una estrella tan clara
como el sol. (vv. 1783-1801)

Más adelante será una sombra la que se enfrente al rey y le desarme, anunciándole su muerte: «REY. Villano, / ¿quién eres? SOMBRA. La sombra triste / de tu muerte. Que este llano / dejes, tu vida consiste. REY. Embeleco de mi hermano [...] / para que deje a Montiel» (vv. 2135-2139). Sin embargo, ese mismo Campo de Montiel actúa para doña Mencía como un espacio de exilio, retiro, penitencia y renacimiento. Ya en la jornada primera y ante el acoso del rey, la dama había entonado un perfecto *beatus ille* femenino:

Dichosa puede llamar
el mundo a una labradora,
que, retirada en su aldea,
como la fruta entre pajas,
hace a las demás ventajas,
y no adula y lisonjea;
y desdichada a la dama
que en la confusión metida
de la corte, honor y vida
aventura con su fama. (vv. 817-826)

Ese deseo se ve materializado, aunque forzosamente, en la jornada III, donde Mencía pronuncia un soliloquio dirigido a los campos:

Desiertos de Montiel,
apartada sepultura
de una mujer sin ventura,
y ejemplo de un hombre infiel,
aquí en vuestras soledades
quiero los días pasar
contenta, sin envidiar
lisonjas ni vanidades.
Arroyuelo, que por toscas
guijuelas vais murmurando,
a su sepulcro formando
limpias, cristalinas roscas,
sí, como espumosa, vienes
corriendo de donde sales,
pasan ligeros los males,
no pueden tardar los bienes.
¡Oh, si corrieran mis penas
con tanta furia a la muerte! (vv. 1928-1945)

La dama se presenta a sí misma como exiliada, desterrada del mundo de forma injusta y obligada a vivir en una naturaleza salvaje para huir de errores y abusos ajenos. Su situación es pareja a la de Dorotea o Cardenio en la Sierra Morena del *Quijote*. También comparte con ellos un singular travestismo, pues don Gil Colomba, que la conduce hasta Montiel, la obliga a vestirse con unas pieles, que corresponden simultáneamente al disfraz de salvaje y al de penitente. De hecho, gracias a su expiación, el Campo de Montiel se convierte en un espacio de perdón y misericordia, antes de que se desate la definitiva tragedia real: es primero don Gil quien perdona la vida a doña Mencía, luego la propia Mencía perdonará a su marido y al rey, don Gutierre y don Diego Tenorio se reconciliarán y, por último, el rey perdonará a todos.

Pero los campos de Montiel son también tumba y renacimiento simbólicos tanto para doña Mencía como para el rey don Pedro. Al final de la jornada II, es la dama la que le dice a su verdugo y salvador, don Gil: «Ya que permitís que así / en estos campos me entierre» (vv. 1720-1721), para más adelante apostrofar a la naturaleza: «Desiertos de Montiel, / apartada sepultura» (vv. 1928-1929). Y lo vuelve a repetir mediado el acto III: «Los campos de Montiel / busqué para sepultura» (vv. 2336-2337). Pero Mencía renace primero reflejada en el agua ante los ojos de don Gutierre y luego ante los del rey, que también encuentra tumba y renacimiento en la cueva donde la dama vive escondida. En medio de la batalla, el monarca huye de los soldados de su hermano Enrique y pide socorro a los montes de Montiel, tomando conciencia de su propia insignificancia:

Montañas,
meted en vuestras entrañas
un rey que amparo no tiene,
que a ser soberbio y bizarro,
espantaba con sus leyes
y hoy da a entender que los reyes
somos estatuas de barro.
¿Cómo me podré esconder
de los que me han conocido?
Mas sospecho que ha parido
este monte esta mujer
para que me ampare y dé
una gruta en que me esconda. (vv. 2343-55)

La mujer que el rey contempla sin que llegue a reconocerla es Mencía, cuya presencia adquiere un tinte maravilloso, pues la cree nacida de la tierra y, por lo tanto, unida a ella. Es a esa doble imagen maternal a la que don Pedro solicita socorro:

REY	Dime mujer quién eres.
MENCIÁ	Un cuerpo muerto; que, a no matarme un rigor, ahora os diera favor;

mas fue vuestro el desconcierto.
Y así, no os puedo ayudar;
pero Dios os ha traído
a mis manos, que ha querido
vuestras crueldades vengar. (...)
REY La gente viene. ¿Qué haré?
MENCÍA En esta cueva os meted,
que entre estos ramos procura
ser mi eterna sepultura. (vv. 2373-2388)

Una vez pasado el peligro, Mencía se identifica y ofrece su perdón al rey: «Pues vivo, vive también, / y conoce, en trance igual / que aquí te doy bien por mal, / cuando tú das mal por bien» (vv. 2428-2431). La gruta de los campos de Montiel se convierte así simultáneamente en sepultura en vida para doña Mencía y don Pedro, que renacerán a una nueva vida: la dama, recuperando su identidad, y el monarca, evitando —aunque solo sea temporalmente— a sus perseguidores. De hecho, la batalla final entre los dos hermanos y la muerte definitiva del monarca a manos de don Enrique se reservan para una «segunda comedia» anunciada en el último verso de la obra.

Una parte esencial de la función dramática que Claramonte reservó para el paisaje de Montiel reside en su condición de un trasunto bíblico, como queda meridianamente claro en los versos finales de la jornada segunda:

MENCÍA ¿Dónde estamos?
GIL Estos campos que pisamos
son los campos de Montiel.
Mas no has de entrar en lugar
ninguno; que desta suerte
se ha de publicar tu muerte;
y el vestido has de mudar
por unas pieles que yo
ahora te buscaré.
MENCÍA Los campos de Gelboé
Dios a Montiel pasó.
Malditos campos seáis,
y en la más sangrienta lid
pierda su Absalón David. (vv. 1695-1708)

La maldición que entona doña Mencía remite en último término a la que el rey David eleva por la muerte de Saúl en el libro segundo de Samuel, I, 21: «Montes de Gelboé: ni rocío ni lluvia sobre vosotros, campos de perfidia, porque allí fue deshonrado el escudo de los héroes, el escudo de Saúl, como si no hubiera sido ungido de óleo». La mención alude implícitamente a la figura de Saúl, que también evocó al espectro de Samuel para adivinar su futuro. Este se le hizo presente como sombra y le profetizó su muerte y la derrota de su ejército. Saúl murió luego en el monte Gelboé, donde los filisteos le cortaron la cabeza, como

le ocurrió al rey don Pedro. Por otra parte, la mención de Absalón tiene un antecedente en la jornada I, donde el propio monarca se había identificado con el personaje bíblico: «Lo que me detengo estoy / de los cabellos asido; / que Absalón de España soy» (vv. 58-60). En la figura de Absalón se concentran tres alusiones simultáneas: la singular muerte del personaje, las guerras civiles por la sucesión al trono y el pecado de lujuria que da origen a la maldición de la casa de David.¹³ Ese pecado del rey David, que, enamorado de la mujer de Urías, envía una carta a Joab para que lo deje morir en la batalla, sirve de fondo para la historia de don Pedro y doña Mencía en la que se repiten tres elementos esenciales: el deseo de la mujer ajena, el marido enviado a la guerra y la carta con un mensaje terrible.

No es la única alusión bíblica de la comedia, pues en la misma jornada I, un villano entona un romance que se convierte en profecía para el rey don Pedro:

Lamente Jerusalén,
rompa el aire en fieros gritos:
porque es desdichado el reino
si su rey viene a ser niño.
Roboán, Roboán, coge
la rienda a tus apetitos;
mira que tus verdes años
no cumplirán treinta y cinco.
¡Ay de ti, rey desdichado,
que en el monte de tus vicios
te precipitas! Detente,
no digas que no te aviso. (vv. 91-102)

Este romance alude de nuevo a la maldición de la casa de David, pues Roboam, nieto de David e hijo de Salomón, perdió definitivamente el trono de Jerusalén por no aceptar el consejo de los ancianos. Más adelante será otra villana, que también se presenta en forma de visión sobrenatural, la que recuerde el episodio bíblico de Caín y Abel para avisar al monarca: «No consienten compañía / el reinar desde el principio, / pues en Caín y en Abel / aqueste ejemplo se ha visto. [...] / Mira por ti, rey don Pedro, / no digas que no te aviso» (vv. 165-190). Todos esos auspicios se materializan en los Campos de Montiel, donde morirá el rey don Pedro, dando fin así a la dinastía, como ocurrió con la casa de David.

Pero vuelvo al Cervantes con que iniciaba estas páginas y que ubicó la primera salida de don Quijote en los Campos de Montiel, atribuyendo la futura narración de su historia a un sabio encantador: «¿Quién duda sino que en los venideros tiempos, cuando salga a luz la verdadera historia de mis famosos hechos, que el sabio que los escribiere no ponga, cuando llegue a contar esta mi primera salida tan de mañana, desta manera?». ¹⁴ No es la única vez que acudió al nombre de Montiel, pues así identifica la Cañizares a Berganza en el *Coloquio*

¹³ Czarnocka (1992).

¹⁴ Cervantes (*Quijote*: I, 50).

de los perros: «encontrándome la vieja en el corral solo, me dijo: “¿Eres tú, Montiel?”». Luego le hará saber que la Camacha los había convertido en perros al poco de que su madre, la Montiela, los hubiera dado a luz, anunciando proféticamente antes de morir cómo y cuándo recobrarían su forma humana.¹⁵ También en *El retablo de las maravillas*, Chanfalla se presenta con ese mismo nombre: «Yo, señores míos, soy Montiel el que trae el Retablo de las maravillas», que dice fabricado el sabio Tontonelo «debajo de tales paralelos, rumbos, astros y estrellas, con tales puntos, caracteres y observaciones, que ninguno puede ver las cosas que en él se muestran, que tenga alguna raza de confeso, o no sea habido y procreado de sus padres de legítimo matrimonio».¹⁶ En ambos casos, como subrayara Maurice Molho,¹⁷ la magia, el prodigio y la profecía convergen con el nombre de Montiel. No habría, entonces, que descartar la posibilidad de que, Cervantes, consciente de los ecos mágicos y proféticos que el Campo de Montiel tenía entre el público gracias a las leyendas sobre el rey don Pedro, hubiera bautizado con tal nombre a las máscaras que adoptan dos de sus personajes.

BIBLIOGRAFÍA

- ARMAS, Frederick A de. (1990), «A King is he... Séneca, Covarrubias and Claramonte's *Deste agua no beberé*», *Neophilologus*, 74/3, 374-382.
- BALBUENA, Bernardo de, *El Bernardo*, en *Poemas épicos I* [BAE 17], ed. Cayetano Rosell, Madrid, Ribadeneyra, 1866.
- BELMONTE BERMÚDEZ, Luis, *La Hispálica*, ed. Pedro Piñero, Sevilla, Diputación de Sevilla, 1974.
- CALDERÓN DE LA BARCA, Pedro, *El médico de su honra*, ed. D. W. Cruickshank, Madrid, Castalia, 1989.
- CANTALAPIEDRA EROSTARBE, Fernando (1990), «*El Infanzón de Illescas*» y *las comedias de Claramonte*, Granada, Universidad de Granada.
- CERVANTES SAAVEDRA, Miguel de, *Novelas ejemplares*, ed. Jorge García López, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2005.
- CERVANTES SAAVEDRA, Miguel de, *Entremeses*, ed. Alfredo Baras, Madrid, Real Academia Española, 2012.
- CERVANTES SAAVEDRA, Miguel de, *Don Quijote de la Mancha*, dir. Francisco Rico, Madrid, Real Academia Española, 2015, 2 vols.

¹⁵ Cervantes (*Novelas ejemplares*: 590-594). No se olvide que la acción de la Cañizares y Berganza tiene lugar en Montilla y que se ha relacionado el nombre con el patronímico. Cf. Garramiolo Prieto (1992: 158).

¹⁶ Cervantes (*Entremeses*: 89-90).

¹⁷ Molho (1976: 131-133 y 1992:131). Martínez López, por su parte (1992: 82), ha insistido en la referencia del *Retablo de las maravillas* al campo de batalla entre Pedro I y su hermano. Para la identificación de Chanfalla-Montiel con el actor Pedro de Montiel, véase Baras (en Cervantes, *Entremeses*: 476-577).

- CLARAMONTE, Andrés, *Deste agua no beberé*, ed. Alfredo Rodríguez López-Vázquez, Kassel, Reichenberger, 1984.
- CLARAMONTE, Andrés, *Tan largo me lo fiáis. Deste agua no beberé*, ed. Alfredo Rodríguez López-Vázquez, Madrid, Cátedra, 2008.
- CZARNOCKA, Halina (1992), «La figura del rey don Pedro el Cruel en *Deste agua no beberé*», *Romance Language Annual*, 4, 415-422.
- EBERSOLE, Alva V. (1978), «Simbolismo en *Deste aguna no beberé* de Andrés de Claramonte», en *Perspectivas de la comedia*, Valencia, Estudios de Hispanófila (Col. Siglo de Oro, 6).
- GARCÍA, Michel (2009), «Textos 1 y 2 Cartas del Moro Benalhatib al rey don Pedro», *Atalaya, El historiador en su taller*, 10, 20-37. <http://atalaya.revues.org/index111.html>.
- GARCÍA DE SALAZAR, Lope, *Bienandanzas e fortunas*, ed. Ana María Marín, 1999. <http://parnaseo.uv.es/Lemir/Textos/bienandanzas/Menu.htm>.
- GARRAMIOLO PRIETO, Enrique (1992), *La Camacha cervantina. De la leyenda a la realidad*, Montilla, Ayuntamiento de Montilla.
- HOROZCO, Sebastián de, *Libro de los proverbios glosados*, ed. Jack Weiner, Reichenberger, Kassel, 1994.
- JARDIN, Jean-Pierre (2010), «Les prophéties dans la chronique de Pierre 1.^{er} de López de Ayala: respect et manipulation du temps», en Gilles Luquet, ed., *La concordance des temps: Moyen Âge à Époque Moderne*, ed. Paris, Presses Sorbonne Nouvelle, 189-204.
- JUFRÉ DEL ÁGUILA, Melchor, *Compendio historial del descubrimiento y conquista del Reino de Chile*, Santiago de Chile, Imprenta Cervantes, 1897.
- KAUFMANT, Marie-Eugénie (2010), *Poétique des espaces naturels dans la Comedia Nueva*, Madrid, Casa de Velázquez.
- LÓPEZ DE AYALA, Pero, *Crónicas de los reyes de Castilla: Don Pedro*, Madrid, Antonio de Sancha, 1779.
- MANRIQUE, Gómez, *Cancionero*, ed. Francisco Vidal González, Madrid, Cátedra, 2003.
- MARTÍNEZ LÓPEZ, Enrique (1992), «Mezclar berzas con capachos: armonía y guerra de castas en el *Entremés del retablo de las maravillas* de Cervantes», *Boletín de la Real Academia Española*, 72/255, 67-172.
- MOLHO, Maurice (1976), *Cervantes: Raíces folklóricas*, Madrid, Gredos.
- MOLHO, Maurice (1992), «El sagaz perturbador del género humano: brujas, perros embrujados y otras demonomanías cervantinas», *Cervantes: Bulletin of the Cervantes Society of America*, 12/2, 21-32.
- SEPÚLVEDA, Lorenzo de, *Cancionero de romances (Sevilla, 1584)*, ed. Antonio Rodríguez-Moñino, Madrid, Castalia, 1967.